

En *Los ríos profundos*, Arguedas ejerce el poder de una memoria subversiva entendida como la conciencia de un pasado que anhela su reinstalación, no como una actitud retrógrada, sino con un sentido de verdadera revolución. Esta revolución tiene el color del socialismo aunque se trata de un socialismo mucho más de ideología que de partido; es un socialismo que defiende la cultura indígena, pero, como bien lo aclara González Vigil, citando al propio Arguedas: “no mató en mí lo mágico”. Realismo social el de Arguedas, sí, pero también realismo mágico.

Podríamos resumir el sentido que para González Vigil tiene *Los ríos profundos* en la cita siguiente: “Raíces principales de la identidad peruana cabalmente asumida. Ejemplo de vida plena entre el individuo, la sociedad y el cosmos, provechoso de conocer para la humanidad entera” (p. 108).

Este estudio preliminar está apoyado por una amplísima bibliografía tanto sobre el autor como sobre el texto y, por lo que respecta a la edición de la novela, se trata de un pulcro trabajo de filología con notas de variantes respecto a las distintas ediciones; notas críticas sobre determinados pasajes que remiten a estudios y opiniones de otros autores; notas léxicas, notas de carácter histórico y aclaratorio de valía para la cabal comprensión de la novela, además de una cuidadosa revisión editorial, lo que hace de este libro material plenamente confiable en el que, además del texto de Arguedas dotado de una poesía y una frescura innatas, existe un cuerpo crítico que lo ubica perfectamente en sus distintos contextos haciéndolo más accesible y enriqueciéndolo en forma notable.

LOURDES FRANCO BAGNOULS

Universidad Nacional Autónoma de México

EDITH NEGRÍN, *Entre la paradoja y la dialéctica. Una lectura de la narrativa de José Revueltas (literatura y sociedad)*. El Colegio de México-UNAM, México, 1995; 310 pp.

La lectura de un texto, de manera muy especial la lectura de un texto crítico, apela a la sensibilidad y a la inteligencia de otro lector que, mínimamente, responde al discurso explicativo, rastreador de los estratos determinantes del tejido textual y, sobre todo, responde al texto que es objeto de la lectura crítica. Por lo general, abordamos el texto crítico porque compartimos previamente la experiencia de lectores del texto analizado. Entonces se establece una comunicación entre lecturas e interpretaciones de un mismo texto. El acto de lectura suele ser fertilizante, tanto cuando abre nuevas perspectivas de comprensión, como cuando reta nuestra imaginación e inteligencia porque cuestiona la propia lectura del texto. Ninguna lectura, por rigurosa que sea, será igual a otra, pero todas las lecturas —las propias y las ajenas—, nos sensibilizan

para percibir nuevos detalles, incluso aspectos dominantes del texto que nuestra lectura anterior había silenciado u omitido. Porque ninguna lectura es exhaustiva, siempre implica una selección: para poder decir algo dejamos de decir otras cosas. Entre manifestaciones y silencios se mueve la óptica de todo lector.

Mi experiencia de lectora del libro de Edith Negrín ha sido realmente privilegiada. Lo vi gestar como una de las grandes pasiones certeras que comprometía el quehacer de la conocedora fina de la literatura mexicana contemporánea y de la investigadora rigurosa, siempre en búsqueda de nuevos caminos de la crítica y de la teoría que dieran cuenta de la especificación de la obra literaria y de su compleja red de relaciones con el contexto cultural y sociohistórico. *Entre la paradoja y la dialéctica. La narrativa de José Revueltas* es el resultado de un amoroso recorrido que buscaba (busca) la fidelidad al texto a partir de una respuesta empática respetuosa de su otredad. La lectura crítica de Edith Negrín buscó en el rigor sensible, en los componentes teóricos adecuados, en el repaso cuidadoso de las partes y de sus relaciones con el todo, un agudo y preciso acercamiento al texto de José Revueltas.

Para la autora, lo que yo llamaría el principio estructurante del texto (principio formal y de la significación) es la paradoja. A su vez, ésta se define no como un hecho aislado, sino en función de la visión dialéctica que caracteriza el punto de vista del narrador omnisciente dominante en la novela. Es precisamente en este feliz hallazgo de la lectura crítica donde quiero detenerme para hacer un comentario que tal vez implique un nuevo matiz que parte de la interpretación propuesta y se suma a ella.

Con certeza y honestidad intelectual ejemplares, Edith Negrín destaca en su libro la importancia del intertexto bíblico en *El luto humano* y en toda la obra de Revueltas. Sabemos que el Nuevo Testamento se centra en el misterio de la Resurrección como la síntesis que resuelve la oposición entre la vida y la muerte característica de la historia humana. En este sentido cabe hablar de un contenido dialéctico trascendente de la historia. Sin embargo, en el enunciado textual de la novela no cabe aún una solución de este tipo. Las relaciones y el quehacer humanos están imbricados en un proceso agónico que parece irreversible.

La función ética y estética de la escritura de Revueltas se orienta claramente a mostrar, por concreción y selección, el proceso deshumanizante y mortal a que están sujetos el hombre y la mujer (de ahí la importancia, por ejemplo, del proceso de animalización en la novela). Mostrar el proceso implica ya, como diría Althusser, una función crítica de la escritura. (Es decir, que la literatura, como todo arte, “muestra”, nos hace “ver”, más que demostrarnos o explicarnos, la ideología. Al concretarla, se produce un distanciamiento interior de la propia ideología y, con ello, de la “visión crítica”.) El existente auténtico que hay en Revueltas, sin embargo, se adelanta un paso más. Muestra la negatividad de ese mundo para percibir sus ríos profundos.

La búsqueda del dinamismo soterrado de los procesos vitales virtuales, conduce a Revueltas a la percepción de la paradoja en los pliegues e intersticios de la muerte. Esto equivale a la percepción de las contradicciones, allí donde todo parecería estático, camino de la desaparición. Por eso la escritura muestra el movimiento paradójicamente presente en el paso de la agonía a la muerte. A manera de símbolo central, el cadáver de Chonita resume ese paso que no deviene pascua de Resurrección.

Por un lado, el nacimiento de Chonita, en sí, marca la necesidad y la posibilidad de futuro (insuficiente y precario para ser la solución, pero futuro). El mundo de Natividad pudo llegar a encarnarse, el tiempo suficiente para ser signo, en Chonita (diminutivo afectivo de Encarnación). Pero aún no hay espacios ni tiempos históricos propicios para la libertad necesaria. Sin embargo, en los caminos de muerte, paradójicamente se preparan los caminos de salvación. Para que la existencia tenga sentido, para que haya algo de esperanza, basta que poseamos la *posibilidad* de hacer de ella alguna cosa.

Así, en *El luto humano*, el pueblo diezmado, unido por esa muerte-niña, esperanzada (“Chonita no importaba en vida. Importaba cuando ya no era nada sino un lazo más allá de todo, que unía los destinos profundamente”, p. 87), ese pueblo es todavía capaz de un gesto “heroico”. Cecilia, la mujer madre, mediadora y sacerdotisa, respeta y hace cumplir a Úrsulo, celosamente, los rituales de la muerte y la resurrección. Aunque asistido con poca fe, Úrsulo cumple el mandato inexorable. Tal vez por eso, intuitivamente, el personaje cobra cierta conciencia del sentido trascendente de su acto y de Chonita. Como Abundio cuando sale a rubricar la muerte de Pedro Páramo, su padre, en la novela de Juan Rulfo, Úrsulo parece movido por una fuerza superior a sí mismo que sólo se le revela muy fragmentariamente: “«Murió la pobrecita de Chonita», se dijo, pues Chonita se llamaba su hija. Y se lo dijo como si él no fuera el padre, y, no obstante, ella era algo mucho más tierno, acaso más querido que una hija. Una idea insólita, en medio de la noche, surgía en su cerebro: el último sacramento, la final comunicación de los pecados, el último aceite, el óleo santo del rey de los judíos, no era otra cosa que *la inmortalidad*. Pues la muerte sólo existe sin Dios, cuando Dios no nos ve morir. Pero cuando llega un sacerdote, Dios nos ve morir y nos perdona la vida, la que iba a arrebatarnos. Estas palabras, que eran una brasa, ya habían sido dichas por los ojos de Cecilia, cuando la muerte estaba ahí, blanca, y una respiración invadía el cuarto, moviendo sus paredes y las paredes de todo” (p. 15).

El sacerdote, a su vez, acepta acompañarlos en el viaje, movido por una conciencia sorda y lúcida de “los pies y los clavos. La incapacidad de resurrección” (p. 25). Diezmado como el pueblo, por la culpa, el “cura” asumirá y ejecutará el crimen de Adán (el mestizaje sin origen), lo cual simbólicamente abre una posibilidad de recomienzo, aunque, por ahora, sólo se encuentra “ligado a eso que ellos, Úrsulo, Adán, Cecilia, Cho-

nita, representaban: contradicción, desesperanza” (pp. 28-29). Pero además, el pueblo diezmado, movido por esa muerte-niña, sale a un exterior carcelario —como lo definiría la propia E. Negrín—, pero exterior al fin. La salida asfixiante, sin retorno aparente que no sea la circularidad misma, se angosta finalmente en un solo punto; entonces se abren los caminos de acceso al pasado que deberán mostrarse para que el lector o el narrador omnisciente asuman la historia. La circularidad que siega la posibilidad de salida, paradójicamente crea un espacio presente para el pasado. De la muerte saldrán las claves de liberación para la historia. El texto crea, así, el polo dialéctico necesario: genera el lado moridor donde puede darse un acto liberador auténtico. La escritura muestra la verdad de la historia, a partir de la cual cada lector —José Revueltas mismo— podrá asumir, o no, consciente y responsablemente, una praxis liberadora.

Entre la paradoja y la dialéctica repasa cuidadosamente la relación entre la vida de José Revueltas y la novela. El deslinde entre una y otra revela analogías indiscutibles que la escritura, como bien señala Edith Negrín, consigna explícitamente cuando incluye el nombre del autor, junto con otros —históricos y de la ficción— para subrayar la credibilidad y el carácter procesual de la palabra histórica: “¡Pues mi general ya está cansado de lo que pasa por aquí, en el Sistema —dijo el ayudante—. Primero la agitación sembrada por José de Arcos, *Revueltas*, Salazar, García y demás comunistas. Luego ese líder, Natividad... Y ahora otra vez...!” (p. 113).

Visto así, la contradicción que suele señalarse entre la ficción y la praxis comprometida ejemplarmente de la vida de José Revueltas es sólo aparente. Quizá es la paradoja mayor. Más bien la práctica textual refuerza, posibilita la praxis existencial de lucha. Refuerza también —qué duda cabe— la palabra crítica, el bisturí que detecta la amenaza de estatismo y muerte que suponen ciertas prácticas institucionalizadas y discursos históricos deshumanizantes: aquí y allá; ante el enemigo común, o ante el Partido.

La escritura de José Revueltas constituye, pues, una búsqueda efectiva de la liberación, reconocida en el umbral de la agonía prolongada. Esa lenta agonía provoca, a veces, como ocurre en la novela, un frustrado éxodo simbólico a la tierra prometida, que se ahoga en un agua negra y niega la posibilidad del cambio cualitativo. Esa misma agua, sin embargo, recibe el cuerpo de Adán (falso Adán; mestizaje negador que siega la vida de Natividad y vende la suya propia, cancelando así la posibilidad de futuro). Por eso quizá el pasaje más importante de *El luto humano* es cuando el texto, sin dejar de exaltar la grandeza de Natividad y sin menoscabo de su carácter simbólico, historiza su praxis. Al hacerlo, lo desmitifica y eleva su valor humano. Se acentúa, entonces, la posibilidad de que se instaure un quehacer histórico salvador. Se revela que la falla no está en el quehacer histórico de Natividad, sino en el sistema. Nati-

vidad llega a percatarse de la grieta en la frágil solución histórica de la presa (que no implica el cambio estructural necesario). El personaje, pues, llega al límite de la conciencia social posible en su presente. Su acción en el pasado se legitima como lección para el presente de la historia al que se dirige siempre la novela, mientras no se resuelva la contradicción histórica, que sabemos solucionable; por ahora, sin embargo, nos movemos en el ámbito de la paradoja. Ya sí, pero todavía no.

Razón tiene Edith Negrín cuando análoga *El luto humano* con *La condición humana*. Es clara, tal como ella la establece, la relación de la novela de Revueltas con el libro de André Malraux, cuyo título asume, especificándolo, el escritor mexicano (pp. 168 ss.). Lo que más importa, sin embargo, es que la condición del hombre es su *luto*. Sólo a partir del lado moridor de la realidad —lugar de las contradicciones, en umbral— que el texto ha creado, es como el hombre puede liberarse. Mientras haya muerte y dolor en la cotidianidad del hombre, toda ilusión de solución deberá mostrar su grieta, su fisura histórica. De ahí que sea aquí en la tierra donde deberá instaurarse el Reino de liberación, y toda posibilidad de auténtica trascendencia liberadora. En ese sentido, para mí, *El luto humano* es profundamente cristocéntrico. Desde ese Cristo Hijo de Hombre, negado por la historia de opresión y por los suyos, Cristo, y con él Cristo-Revueltas, apela a la condición humana; denuncia todo el aparato institucional anquilosado que deja de servir al hombre: exige un nuevo hombre y un nuevo tiempo. Pero nunca le niega al hombre su humanidad, motivo de su esperanza.

Con maestría indudable, la escritura de Revueltas ha concretado la vida del hombre existencial, histórico, con un destino trascendente del que se aleja cuando niega los caminos de liberación. Y la ha vuelto palabra en una situación límite, marcada por la muerte inexorable (“Se habían roto todas las ataduras con el pasado. Su hija de yeso era como la cruz límite que en los pueblos señala las últimas casas. Delante de ella sólo la tempestad”, p. 41). Situación límite donde, como hemos visto, se crea una condición de umbral que aun permite la generación de otra alternativa histórica.

Edith Negrín ha sabido, con maestría análoga, leer la palabra de José Revueltas desde su centro generador. Al precisarlo, ha confirmado una vez más la validez de nociones de análisis que ha usado en trabajos suyos anteriores, sin que en ningún momento ello suponga someter el texto analizado al coturno estrecho de una metodología reduccionista. Así aparecen —de manera menos notoria que en otros textos, pero no menos presentes— los espacios y la temporalidad (sus entreveraciones y sus deslindes), las relaciones de los personajes y sus caracterizaciones, las modalidades del narrador y de la perspectiva desde donde enuncia, y la rica dimensión de la intertextualidad que abre el texto, significativamente, a la tradición cultural y al gran contexto en que se especifica la novela. Se observa una mayor flexibilidad en el empleo de estas nocio-

nes de análisis: una mayor distancia de la crítica estructuralista, fértil sin embargo al precisar los juegos del narrador; una visión del mundo enriquecida y matizada más de cerca por el análisis textual y por la importancia que se da a la creación de una atmósfera que permea todo el texto; un mayor énfasis en el carácter simbólico de la escritura y, sin duda, un trabajo mucho más profundo del modo como la historia modela la escritura y, a su vez, se articula en ella.

Todo escritor es un gran lector de sí mismo y de los otros. El gran acierto de la segunda parte del libro de Edith Negrín consiste en mostrar cómo algunos rasgos caracterizadores de *El luto humano* pueden recorrerse, con sus variaciones de significación y tratamiento, en otros textos del autor. Y también cómo éstos y algunas constantes que perfilan la visión del mundo en los textos revueltianos, se interrelacionan con otros textos y discursos literarios, filosóficos, culturales.

Hace unos cinco años, Jorge Fonet, entonces alumno del doctorado en El Colegio de México, se hizo cargo del análisis de *El luto humano* en mi Seminario de Narrativa Mexicana Contemporánea. Habíamos estudiado textos anteriores como *Los de abajo* de Azuela y *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán. También leeríamos *El resplandor* de Mauricio Magdaleno y después *Al filo del agua* de Agustín Yáñez, texto este último al que suele atribuírsele el comienzo de la novela contemporánea en México. Fonet se preguntaba si *El luto humano* no constituía ya la vuelta de tuerca de la nueva narrativa. La contestación a la pregunta continúa abierta. Sin embargo, no tengo duda de que la novela de Revueltas se adelanta a la de Yáñez no sólo cronológicamente (se publica cuatro años antes), fertiliza textos posteriores como los cuentos y *Pedro Páramo* de Juan Rulfo.

Todo indica que estamos ante uno de los libros fundacionales de la narrativa mexicana contemporánea. El texto crítico que le ha dedicado Edith Negrín, *Entre la paradoja y la dialéctica*, es una magnífica lectura, imprescindible para acercarnos a la obra y al tiempo de José Revueltas, y que sienta las bases para elaborar un discurso crítico de primer orden sobre la literatura mexicana.

YVETTE JIMÉNEZ DE BÁEZ
El Colegio de México

JAVIER DE NAVASCUÉS, *El esperpento controlado. La narrativa de Adolfo Bioy Casares*. Universidad de Navarra, Pamplona, 1995; 140 pp.

Este libro contiene siete estudios que tratan todas las novelas del narrador argentino publicadas después de 1940 y dos de sus cuentos, de diferentes épocas. Da preferencia al primero de esos géneros porque "su